

## INTRODUCCIÓN

Cada época es una esfinge que se sumerge en el abismo en cuanto su enigma se ha solucionado.

HEINRICH HEINE

Las circunstancias (que algunos caballeros no tienen en cuenta en absoluto) dan en realidad a cada principio político su matiz diferenciado y su efecto discriminatorio.

EDMUND BURKE

Hechos, mi querido muchacho, hechos.

HAROLD MACMILLAN

La historia del mundo no es un suelo en el que florezca la felicidad.

Los tiempos felices son en ella páginas en blanco.

GEORG WILHELM FRIEDRICH HEGEL

La primera vez que pensé en escribir este libro fue mientras hacía un transbordo en la estación terminal de Viena, la Westbahnhof. Era diciembre de 1989, un momento propicio. Acababa de regresar de Praga, donde los dramaturgos e historiadores del Foro Cívico de Václav Havel estaban desmantelando un Estado policial comunista y arrojando cuarenta años de «socialismo real» al basurero de la historia. Pocas semanas antes el Muro de Berlín había caído inesperadamente. En Hungría, y también en Polonia, toda la población se hallaba entregada a los desafíos de la política postcomunista: el antiguo régimen, todopoderoso hasta tan sólo unos meses antes, se perdía en la insignificancia. El Partido Comunista de Lituania acababa de declararse a favor de la independencia inmediata de la Unión Soviética. Y en el taxi de camino a la estación, la radio austriaca emitía las primeras noticias sobre una revuelta contra la dictadura nepotista de Nicolae Ceaușescu en Rumanía. Un terremoto político estaba sacudiendo la congelada topografía de la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Resultaba evidente que había finalizado una era, y que una nueva Europa empezaba a nacer. Pero con el fin del viejo orden, muchos

principios vigentes desde hacía largo tiempo tendrían que cuestionarse. Lo que hasta entonces se había tenido por permanente y de alguna forma inevitable adoptaría ahora un aire mucho más transitorio. La confrontación de la Guerra Fría; el cisma que mantenía separados al Este del Oeste; la lucha entre el «comunismo» y el «capitalismo»; las historias diferenciadas e incomunicadas de la próspera Europa occidental y sus vecinos del Este, los satélites del bloque soviético; todo ello no podría entenderse ya como producto de la necesidad ideológica o la férrea lógica política. Se trataba de resultados accidentales de la historia a los que la historia apartaba bruscamente de su camino.

El futuro de Europa sería muy diferente, y también, por tanto, el pasado. En retrospectiva, los años transcurridos entre 1945 y 1989 empezarían ahora a considerarse no como el umbral de una nueva época sino más bien como un periodo de transición: un paréntesis de postguerra, la situación inacabada de un conflicto que finalizó en 1945 pero cuyo epílogo había durado otro medio siglo. Fuera cual fuese la forma que adquiriera Europa en los años venideros, la historia conocida y ordenada de lo que había sucedido antes había cambiado para siempre. En aquel gélido diciembre centroeuropeo, me pareció evidente que la historia de la Europa de la postguerra debería reescribirse.

El momento era propicio, y también el lugar. La Viena de 1989 era un palimpsesto de los pasados complicados y superpuestos de Europa. A comienzos del siglo xx, Viena era Europa: el centro fértil, vanguardista y autoindulgente de una cultura y una civilización al borde del apocalipsis. Viena, que en el periodo de entreguerras había pasado de ser una gloriosa metrópolis imperial a una retraída capital de lo que quedaba de un pequeño Estado, iba alejándose irremediablemente de su anterior esplendor para acabar convirtiéndose en el puesto fronterizo de un imperio nazi al que la mayoría de sus ciudadanos juraron entusiasta lealtad.

Tras la derrota de Alemania, Austria entró a formar parte del bando occidental y pasó a ser considerada la «primera víctima» de Hitler. Este golpe de fortuna, doblemente inmerecido, permitió a Viena exorcizar su pasado. Una vez convenientemente olvidada su adhesión al nazismo, la capital austriaca, una ciudad «occidental» circundada por la Europa del Este, adquirió una nueva identidad como avanzadilla y ejemplo del mundo libre. Para sus anteriores súbditos, atrapados ahora en Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Rumanía y Yugoslavia, Vie-

na representaba la «Europa central», una comunidad idealizada de civismo cosmopolita que los europeos habían extraviado de alguna manera en el transcurso del siglo. Durante los años de la agonía del comunismo, la ciudad habría de convertirse en una especie de puesto de escucha de la libertad, un rejuvenecido enclave de encuentros y partidas para los europeos del Este que huían al Oeste y para los occidentales que querían tender puentes con el Este.

Así pues, la Viena de 1989 constituía un buen lugar para «pensar» Europa. Austria encarnaba todos los atributos ligeramente autocomplacientes de la Europa occidental de la postguerra: la prosperidad capitalista apuntalada por un Estado del bienestar abundantemente provisto; la paz social garantizada gracias a puestos y ventajas laborales generosamente distribuidos entre todos los principales grupos sociales y partidos políticos; la seguridad externa derivada de la protección implícita del paraguas nuclear occidental, aunque Austria seguía manteniendo un aire autosuficiente de «neutralidad». Entre tanto, al otro lado de los ríos Leitha y Danubio, sólo unos cuantos kilómetros al este, yacía la «otra» Europa de pobreza deprimente y policía secreta. La distancia que separaba a ambas quedaba perfectamente representada por el contraste entre la vigorosa y dinámica Westbahnhof, de donde los hombres de negocios y los turistas salían en elegantes trenes expresos con destino a Múnich, Zúrich o París, y la sombría y desangelada Südbahnhof, la vieja, lúgubre y algo amenazante estación frecuentada por extranjeros menesterosos que descendían de viejos y mugrientos trenes procedentes de Budapest o Belgrado.

Al igual que las dos principales estaciones de ferrocarril de la ciudad encarnaban involuntariamente el cisma geográfico de Europa, una de ellas mirando hacia el optimista y próspero Occidente y la otra cumpliendo de mala gana con la vocación de Viena por el este de Europa, las propias calles de la capital austriaca testimoniaban el abismo de silencio que separaba el tranquilo presente de Europa de su incómodo pasado. Los imponentes y orgullosos edificios alineados a lo largo de la gran Ringstrasse constituían un recordatorio del antiguo carácter imperial de Viena (y la propia avenida del Ring parecía de alguna manera demasiado grande y majestuosa para servir de mera arteria cotidiana para los trabajadores procedentes de la periferia de una capital europea de tamaño medio) al tiempo que la ciudad se sentía justificadamente orgullosa de sus edificios y espacios públicos. En efecto, Viena tenía motivos para evocar viejas glorias. Sin embargo, respecto al pasado más reciente, se mostraba claramente reticente.

Pero con quien se mostraba más reticente de todos era con los judíos, que antaño habían ocupado gran parte de los edificios del centro de la ciudad y contribuido de manera decisiva al arte, la música, el teatro, la literatura, el periodismo y las ideas que conformaron los mejores tiempos de Viena. La propia violencia con la que los judíos de Viena habían sido expulsados de sus hogares, enviados hacia el este y borrados de su memoria contribuía a explicar el silencio culpable del presente de la ciudad. La Viena de la postguerra, al igual que la Europa occidental de la postguerra, era como un impresionante edificio que descansaba sobre los cimientos de un nefando pasado. Gran parte de lo peor de ese pasado había tenido lugar en territorios que caerían sobre el control soviético, razón por la que fue tan fácilmente olvidado (en Occidente) o suprimido (en el Este). Con el retorno de la Europa del Este, el pasado no sería menos infame: pero ahora, inevitablemente, habría que hablar de él. Después de 1989 nada, ni el futuro, ni el presente, ni, sobre todo, el pasado, volvería a ser lo mismo.

Aunque fue en diciembre de 1989 cuando decidí acometer una historia de la Europa de la postguerra, pasaron muchos años antes de que escribiera el libro. Las circunstancias mandaron. Visto con retrospectiva, fue una suerte: muchas cosas que hoy empiezan a aclararse por entonces seguían estando oscuras. Se han abierto archivos. Las inevitables confusiones que comporta una transformación revolucionaria se han resuelto y al menos algunas de las consecuencias a más largo plazo de la conmoción de 1989 son ahora inteligibles. Por otra parte, las sacudidas posteriores a 1989 no amainaron enseguida. La siguiente vez que estuve en Viena, la ciudad se esforzaba por alojar a decenas de miles de refugiados de las vecinas Croacia y Bosnia.

Tres años después de aquello, Austria abandonó su autonomía cuidadosamente preservada durante la postguerra y se sumó a la Unión Europea, cuya emergencia como fuerza decisoria en los asuntos europeos fue consecuencia directa de las revoluciones del este de Europa. Visitando Viena en octubre de 1999, encontré la Westbahnhof cubierta de carteles del Partido Liberal de Jörg Haider, el cual, a pesar de su abierta admiración por los «honorables» miembros del ejército nazi que «cumplieron con su deber» en el frente del Este, consiguió el 27 por ciento de los votos aquel año aprovechando el nerviosismo y la incomprensión de sus conciudadanos austriacos ante los cambios que habían tenido lugar en su mundo durante la década

anterior. Tras casi medio siglo de hibernación, Viena, al igual que el resto de Europa, había vuelto a entrar en la historia.

\* \* \*

Este libro narra la historia de Europa desde la Segunda Guerra Mundial y, por tanto, comienza en 1945: *Stunde null*, como llaman los alemanes a la hora cero. Pero, al igual que el resto del siglo XX, sobre su historia se cierne la sombra de la guerra de treinta años iniciada en 1914, cuando el continente europeo emprendió su descenso hacia la catástrofe. La Primera Guerra Mundial fue en sí misma un traumático campo de exterminio para todos los que participaron en ella (la mitad de la población masculina de Serbia entre 18 y 55 años murió en el campo de batalla) pero no resolvió nada. Alemania (contrariamente a lo que entonces se creía mayoritariamente) no fue aplastada por la guerra ni por los acuerdos posteriores a ella: en tal caso, su ascenso hacia el dominio total de Europa alcanzado sólo veinte años más tarde hubiera resultado difícil de explicar. De hecho, debido a que Alemania no pagó sus deudas contraídas en la Primera Guerra Mundial, el coste que tuvo la victoria para los aliados superó el coste de la derrota para Alemania, que, de este modo, emergió relativamente más fuerte que en 1913. El «problema alemán» surgido en Europa con el auge de Prusia una generación antes seguía sin resolverse.

Los pequeños países que emergieron del derrumbamiento de los viejos imperios territoriales en 1918 eran pobres, inestables, inseguros y estaban resentidos hacia sus vecinos. Entre ambas guerras, Europa estaba llena de Estados «revisionistas»: Rusia, Alemania, Austria, Hungría y Bulgaria, todos ellos habían sido derrotados en la Gran Guerra y esperaban a que llegara la ocasión para encontrar un resarcimiento territorial. Después de 1918 la estabilidad internacional no llegó a restaurarse, ni se recuperó el equilibrio entre las potencias: no fue más que un interludio debido al agotamiento. La violencia de la guerra no amainó, sino que se metamorfoseó en conflictos domésticos como polémicas nacionalistas, prejuicios raciales, enfrentamientos de clase y guerras civiles. En los años veinte, y especialmente en los treinta, Europa entró en una zona nebulosa a medio camino entre la vida posterior a una guerra y la amenazadora perspectiva de otra.

Los conflictos internos y los antagonismos entre Estados durante los años del periodo de entreguerras fueron exacerbados y en cierta medida provocados por el simultáneo desmoronamiento de la eco-

nomía europea. En realidad, la vida económica de Europa sufrió un triple impacto durante aquellos años. La Primera Guerra Mundial afectó al empleo doméstico, destruyó el comercio y devastó regiones enteras (también generó Estados en bancarrota). Muchos países, sobre todo de la Europa central, no se recuperaron nunca de sus efectos. Aquellos que sí lo consiguieron volvieron a venirse abajo con la Gran Depresión de la década de 1930, cuando la inflación, los fracasos empresariales y los desesperados esfuerzos por imponer aranceles para protegerse frente a la competencia extranjera dieron como resultado no sólo unos niveles de desempleo y de pérdida de capacidad industrial sin precedentes, sino también el derrumbe del comercio internacional (entre 1929 y 1936, el comercio francoalemán descendió un 83 por ciento), acompañado de una competencia y resentimiento encarnizados entre Estados. Y entonces llegó la Segunda Guerra Mundial, cuyo impacto sin precedentes entre las poblaciones civiles y las economías domésticas de los países afectados se trata en la parte primera de este libro.

El impacto acumulativo de estos golpes iba a destruir una civilización. El grado de desastre que Europa se había echado encima a sí misma resultaba perfectamente claro para sus contemporáneos incluso mientras se estaba produciendo. Algunos, tanto de la extrema izquierda como de la extrema derecha, vieron la autoinmolación de la Europa burguesa como una oportunidad para luchar por algo mejor. Los años treinta fueron la «década sórdida y deshonest» de Auden; pero representaron también una época de compromiso y fe políticos que culminó con las ilusiones y las vidas perdidas en la Guerra Civil española. Éste fue epílogo de las visiones radicales del siglo XIX, envueltas ahora en los violentos enfrentamientos ideológicos de una época más sombría: «Qué enorme fue el deseo de un nuevo orden humano durante el periodo de entreguerras y qué lamentable el fracaso a la hora de cumplirlo» (Arthur Koestler).

Algunos que habían perdido la esperanza en Europa huyeron: primero a las democracias liberales de la Europa occidental más lejana y, de allí, los que llegaron a tiempo, a las Américas. Otros, como Stefan Zweig o Walter Benjamin, se quitaron la vida. En vísperas de que el continente se precipitara definitivamente al fondo del abismo, Europa parecía desahuciada. Lo que quiera que fuese que se hubiera perdido en el curso de la implosión de la civilización europea, pérdida cuyas consecuencias habían sido intuitidas hacía tiempo por Karl Kraus y Franz Kafka en la propia Viena de Zweig, nunca volvería a re-

cuperarse. En el clásico cinematográfico de título epónimo filmado en 1937 por Jean Renoir, la *Gran ilusión* de la época residía en el recurso de la guerra y sus característicos mitos de honor, casta y clase. Pero en 1940, para los observadores europeos, la más grandiosa de todas las ilusiones de Europa, hoy en día absolutamente desacreditada, era la «civilización europea» en sí.

A la luz de lo que había ocurrido hasta entonces, resulta comprensiblemente tentador narrar la historia de la inesperada recuperación de Europa a partir de 1945 en clave autocomplaciente e incluso lírica. Y éste ha sido de hecho el tono subyacente a la mayoría de las historias sobre la Europa de la postguerra escritas a partir de 1989, el mismo adoptado por los estadistas europeos al reflexionar sobre sus propios logros en estas décadas. La mera supervivencia y reemergencia de los diferentes Estados de la Europa continental tras el cataclismo de la guerra total, la ausencia de disputas entre Estados y la constante expansión de formas institucionalizadas de cooperación intraeuropea, la recuperación sostenida tras treinta años de colapso económico y la «normalización» de la prosperidad, el optimismo y la paz, todo ello invitaba a una respuesta hiperbólica. La recuperación de Europa era un «milagro». La Europa «postnacional» había aprendido las amargas lecciones de la historia reciente para dar lugar a un continente conciliador, pacífico, resurgido cual ave fénix de las cenizas de su pasado asesino y suicida.

Al igual que muchos mitos, esta complaciente descripción de Europa en la segunda mitad del siglo XX encierra un mínimo elemento de verdad. Pero deja fuera la mayor parte. La Europa del Este, desde la frontera austriaca hasta los montes Urales, desde Tallin hasta Tirana, no encaja. Sus décadas de postguerra fueron ciertamente pacíficas si se comparan con lo ocurrido antes, pero sólo gracias a la presencia no solicitada del Ejército Rojo: era la paz de las prisiones, impuesta por los tanques. Y si los países satélites del bloque soviético se involucraron en una cooperación internacional superficialmente comparable a los progresos realizados más hacia occidente, esto se debió sólo a que Moscú les impuso unas instituciones e intercambios «fraternales» a la fuerza.

La historia de las dos mitades de la Europa de la postguerra no puede explicarse aisladamente la una de la otra. El legado de la Segunda Guerra Mundial, así como de las décadas anteriores y de la guerra que las precedió, obligó tanto a los gobiernos y a los pueblos del Este como a los del Oeste a realizar algunas elecciones muy difíciles sobre cómo so-

lucionar de la mejor manera posible sus problemas para evitar una posible vuelta al pasado. Una de las opciones, la de tratar de cumplir el programa radical de los frentes populares de los años treinta, fue en principio muy bien acogida en ambas partes de Europa (lo que demuestra que 1945 no marcó en absoluto un punto de partida completamente nuevo, como a veces puede parecer). En la Europa del Este era inevitable una transformación hasta cierto punto radical. Había que evitar a toda costa la posibilidad de retornar a su lamentable pasado. ¿Qué lo sustituiría entonces? Puede que el comunismo fuera la solución equivocada, pero el dilema al que respondía era verdaderamente real.

En Occidente, la perspectiva de un cambio radical se hizo desaparecer, en gran parte debido a la ayuda (y la presión) de Estados Unidos. El atractivo de los programas de los frentes populares y del comunismo se desvaneció: ambos constituían recetas para los tiempos difíciles y, al menos a partir de 1952, no lo fueron tanto. Así que, en las décadas siguientes, las incertidumbres de los años inmediatamente posteriores a la guerra se olvidaron. Sin embargo, la posibilidad de que las cosas tomaran un rumbo distinto (en realidad, la probabilidad de que de hecho lo hicieran) había parecido bastante verosímil en 1945; fue para impedir el regreso de los viejos demonios del pasado (el desempleo, el fascismo, el militarismo alemán, la guerra, la revolución) por lo que Europa emprendió el nuevo camino con el que actualmente estamos familiarizados. La Europa postnacional, del Estado del bienestar, cooperante y pacífica, no nació del proyecto optimista, ambicioso y progresista que los euroidealistas de hoy imaginaron desde la pura retrospectiva; fue el fruto de una insegura ansiedad. Acosados por el fantasma de la historia, sus líderes llevaron a cabo reformas sociales y fundaron nuevas instituciones como medida profiláctica para mantener a raya al pasado.

Esto resulta más fácil de entender cuando recordamos que las autoridades del bloque soviético estaban básicamente embarcadas en el mismo proyecto; también ellas pretendían por encima de todo edificar una barrera contra la reincidencia política, a pesar de que en los países bajo el dominio comunista ello no se conseguiría tanto mediante el progreso social como mediante el uso de la fuerza. La historia reciente se reescribió, y los ciudadanos fueron llamados a olvidarla, basándose en la afirmación de que una revolución social llevada a cabo por el comunismo había borrado definitivamente no sólo las deficiencias del pasado, sino también las condiciones que las habían hecho posibles. Como veremos, dicha afirmación también constituía un mito, o, como mínimo, una verdad a medias.

Pero el mito comunista da testimonio, de manera no pretendida, de la importancia (y la dificultad) experimentada en ambas partes de Europa para afrontar una herencia problemática. La Primera Guerra Mundial destruyó la vieja Europa; la Segunda Guerra Mundial generó las condiciones para una nueva. Pero, a partir de 1945, Europa entera vivió durante muchas décadas bajo la alargada sombra de los dictadores y las guerras de su pasado inmediato. Ésta es una de las experiencias que los europeos de la generación de la postguerra comparten entre sí y que les distingue de los norteamericanos, a quienes el siglo xx les enseñó unas lecciones bastante diferentes y en general más optimistas. Éste es el punto de partida necesario para cualquiera que pretenda comprender la historia europea anterior a 1989 y apreciar el gran cambio que experimentó a raíz de entonces.

\* \* \*

Al describir la visión de Tolstoi de la historia, Isaiah Berlin trazó una decisiva distinción entre dos estilos de razonamiento intelectual citando un famoso verso del poeta griego Arquíloco: «El zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una gran cosa». De acuerdo con Berlin, este libro no es en absoluto un «erizo». En estas páginas no tengo ninguna gran teoría de la historia europea contemporánea que formular, ninguna tesis global que exponer ni tampoco ninguna historia integradora y única que contar. Pero no por ello debe deducirse que crea que la historia de Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial carece de una línea argumental. Por el contrario, tiene más de una. Al igual que el zorro, Europa sabe muchas cosas.

En primer lugar, ésta es la historia de la reducción de Europa. Después de 1945, los Estados que constituyen Europa no podían aspirar ya a un estatus internacional o imperial. Las únicas dos excepciones a esta regla, la Unión Soviética, y, en parte, Gran Bretaña, se consideraban a sí mismas tan sólo medio-europeas y, en todo caso, a finales del periodo que cubre este relato, también quedaron bastante reducidas. La mayor parte del resto de la Europa continental había sufrido la humillación de la derrota y la ocupación. No había sido capaz de liberarse del fascismo por sus propios medios, ni tampoco podía mantener a raya al comunismo sin ayuda. La Europa de la postguerra fue liberada, o enclaustrada, por forasteros. Sólo tras considerables esfuerzos y el transcurso de varias décadas, los europeos lograron recuperar el control de su destino. Despojados de

sus territorios extranjeros, los antiguos imperios marítimos de Europa (Gran Bretaña, Francia, Holanda, Bélgica, Portugal) se habían visto reducidos en el curso de estos años a sus núcleos europeos, lo que hizo que redirigieran su atención a la propia Europa.

En segundo lugar, las últimas décadas del siglo XX asistieron a la decadencia del discurso tradicional de la historia europea: las grandes teorías del siglo XIX sobre la historia, con sus modelos de progreso y cambio, de revolución y transformación, que habían impulsado los proyectos políticos y los movimientos sociales que desgarraron Europa en la primera mitad del siglo. Ésta es también una historia que sólo adquiere sentido dentro de un marco paneuropeo: el declive del fervor político en Occidente (excepto entre una minoría intelectual aislada) estuvo acompañado, por diferentes razones, por la pérdida de fe política y el descrédito del marxismo oficial en el Este. Es indudable que, durante un determinado momento de la década de 1980, pareció que la derecha intelectual podía protagonizar un resurgimiento del proyecto, también decimonónico, de desmantelar la «sociedad» y abandonar los asuntos públicos en manos del mercado libre y el Estado minimalista: pero este momento pasó. Después de 1989 no hubo ningún proyecto ideológico globalizador que ofrecer en Europa por parte de la izquierda ni de la derecha, salvo la perspectiva de la libertad, que para la mayoría de los europeos constituía una promesa ahora cumplida.

En tercer lugar, como modesto sustituto de las caducas ambiciones del pasado ideológico de Europa, surgió, tardíamente y en gran parte por accidente, el «modelo europeo». Fruto de la ecléctica combinación de las políticas socialdemócratas y demócratacristianas, y de la paulatina expansión de la Comunidad Europea y su sucesora, la Unión Europea, dicho modelo constituyó una forma característicamente «europea» de regular las relaciones sociales e interestatales. Este enfoque europeo, que abarca desde el cuidado de la infancia hasta las normas interestatales, representaba algo más que los trámites burocráticos de la Unión Europea y sus Estados miembros; a comienzos del siglo XXI se había convertido en paradigma y ejemplo para los miembros aspirantes a entrar en la UE y en un desafío global para los Estados Unidos y el competitivo atractivo del «estilo de vida americano».

Esta transformación claramente inesperada de Europa de una expresión geográfica (bastante problemática como tal) en modelo que había que seguir y polo de atracción tanto para individuos como para

países se fraguó mediante un proceso lento y acumulativo. Europa no estaba, según la irónica paráfrasis de Alexander Wat sobre las vanas ilusiones de los estadistas polacos del periodo de entreguerras, «condenada a la grandeza». Ciertamente, el surgimiento de esta capacidad no hubiera podido predecirse a partir de las circunstancias de 1945, ni siquiera de 1975. Esta nueva Europa no constituía un proyecto común preconcebido: nadie se propuso llevarlo a cabo. Pero una vez que quedó claro, después de 1992, que Europa ocuparía este novedoso lugar en el escenario internacional, sus relaciones, especialmente con Estados Unidos, adoptaron un aspecto diferente, tanto para los europeos como para los norteamericanos.

Éste es el cuarto argumento que se entreteteje en este relato de la postguerra europea: su complicada y a menudo malentendida relación con los Estados Unidos de América. Los europeos occidentales quisieron que Estados Unidos se implicara en los asuntos europeos después de 1945, pero al mismo tiempo les desagradaba dicha implicación y sus consecuencias respecto al declive de Europa. Por otra parte, a pesar de la presencia de Estados Unidos en Europa, especialmente durante los años siguientes a 1949, ambas partes de «Occidente» permanecieron bien diferenciadas. La Guerra Fría se percibía de forma muy distinta en Europa occidental con respecto a la respuesta alarmista que generaba en Estados Unidos, y la subsiguiente «americanización» de Europa durante las décadas de 1950 y 1960 a menudo ha tendido a exagerarse, como veremos más adelante.

La Europa del Este, por supuesto, veía a Estados Unidos y sus elementos característicos de forma bastante distinta. Pero también en este caso sería erróneo exagerar la influencia ejemplarizante de Estados Unidos sobre los europeos del Este, tanto antes como después de 1989. Los disidentes de ambas mitades de Europa, Raymond Aron en Francia, por ejemplo, o Václav Havel en Checoslovaquia, se preocupaban de resaltar que en absoluto consideraban a Estados Unidos ningún modelo o ejemplo para sus propias sociedades. Y, aunque una generación más joven de europeos del Este nacidos después de 1989 sí aspiraba a liberalizar sus países conforme al modelo estadounidense, con unos servicios públicos limitados, impuestos más bajos y un mercado libre, esta moda no ha conseguido imponerse. El «momento americano» de Europa pertenece al pasado. El futuro de las «pequeñas américas» de la Europa del Este se encuadra de lleno en Europa.

Por último, la historia de la postguerra de Europa es una historia ensombrecida por los silencios; por la ausencia. El continente euro-

peo fue antaño un intrincado tapiz de lenguas, religiones, comunidades y naciones entremezcladas. Muchas de sus ciudades, particularmente algunas muy pequeñas situadas en la intersección entre las viejas y las nuevas fronteras imperiales, como por ejemplo Trieste, Sarajevo, Salónica, Chernovtsi, Odesa o Vilna, constituían verdaderas sociedades multiculturales en toda la extensión de la palabra, en las que católicos, ortodoxos, musulmanes, judíos y otras comunidades vivían en familiar yuxtaposición. No deberíamos idealizar esta vieja Europa. Lo que el escritor polaco Tadeusz Borowski denominaba «el insólito, casi cómico crisol de pueblos y nacionalidades que bullía peligrosamente en el centro mismo de Europa», explotaba periódicamente en disturbios, masacres y pogromos, pero existió realmente y sobrevivió en forma de memoria viva.

Sin embargo, entre 1914 y 1945, aquella Europa quedó hecha pedazos. La Europa más ordenada que surgió, balbuceante, en la segunda mitad del siglo XX, no presentaba tantos cabos sueltos. Gracias a la guerra, la ocupación, los ajustes de las fronteras, el exilio y el genocidio, casi todo el mundo vivía ahora en su propio país, entre su propia gente. Durante los cuarenta años siguientes a la Segunda Guerra Mundial, los europeos de ambas mitades de Europa vivieron en enclaves nacionales herméticos en los que las minorías religiosas o étnicas supervivientes como, por ejemplo, los judíos en Francia, representaban un mínimo porcentaje de la población total y estaban plenamente integradas en el contexto cultural y político dominante. Sólo Yugoslavia y la Unión Soviética, un imperio, no un país, y en todo caso sólo a medias europeo, como ya se ha hecho constar con anterioridad, quedaron al margen de esta nueva y progresivamente más homogénea Europa.

Pero desde la década de 1980, y especialmente desde la caída de la Unión Soviética y la ampliación de la UE, Europa se enfrenta a un futuro multicultural. Los refugiados, los trabajadores extranjeros, los habitantes de las antiguas colonias de Europa atraídos hacia la metrópoli por la perspectiva de los puestos de trabajo y la libertad y los emigrantes voluntarios e involuntarios procedentes de los Estados fracasados o represivos de las ampliadas márgenes de Europa, han convertido Londres, París, Amberes, Ámsterdam, Berlín, Milán y otra docena de lugares más en ciudades cosmopolitas, les guste o no.

Esta nueva presencia de los «otros» habitantes de Europa (por ejemplo, sólo en la Unión Europea hoy constituida, el número de musulmanes probablemente alcanza hoy los quince millones, más otros

ochenta millones que esperan su admisión en Bulgaria y Turquía) ha puesto de relieve no sólo el presente malestar de Europa ante la perspectiva de una variedad aún mayor, sino también la facilidad con la que los «otros» muertos del pasado de Europa fueron borrados de su pensamiento. A raíz de 1989 ha resultado más claro que nunca hasta qué punto la estabilidad de la Europa de la postguerra descansaba en los logros de Josef Stalin y Adolf Hitler. Ambos dictadores, con la ayuda de sus colaboradores durante la guerra, consiguieron arrasar por completo el mapa demográfico sobre el que entonces se cimentarían las bases de un continente nuevo y menos complicado.

Este desconcertante giro en el tranquilo discurso del progreso de Europa hacia las «extensas y altas llanuras soleadas» de Winston Churchill quedó en gran parte silenciado en ambas mitades de Europa hasta como mínimo la década de 1960 y, a partir de entonces, por lo general sólo se hizo referencia a él en relación con el exterminio judío llevado a cabo por los alemanes. Con excepciones tan ocasionales como controvertidas, el historial de otros responsables y otras víctimas permaneció cerrado. La historia y la memoria de la Segunda Guerra Mundial quedó reducida a un conocido conjunto de convenciones morales: el Bien contra el Mal, antifascistas contra fascistas, resistentes contra colaboracionistas, etcétera.

A partir de 1989, con la superación de inhibiciones largo tiempo establecidas, ha resultado posible reconocer (a veces a pesar de una virulenta oposición y rechazo) el precio moral que se pagó por el renacimiento de Europa. Polacos, franceses, suizos, italianos, rumanos y ciudadanos de otras nacionalidades están ahora mejor situados para conocer, si es que lo desean, lo que realmente ocurrió en su país hace tan sólo unas cuantas décadas. Incluso los alemanes están revisando la historia generalmente aceptada de su país, con paradójicas consecuencias. Ahora, por primera vez en muchas décadas, es el sufrimiento y victimismo alemán, ya sea a manos de los bombarderos británicos, los soldados rusos o los checos, el que está recibiendo atención. En ciertos respetables círculos vuelve a sugerirse tímidamente que los judíos no fueron las únicas víctimas...

El hecho de si estas disquisiciones son buenas o no es una cuestión para el debate. ¿Constituye este público recordatorio un síntoma de salud política? ¿O sería a veces más prudente, como, entre otros, creía De Gaulle, olvidar? Trataremos este tema en el epílogo. Baste señalar aquí que estos recientes amagos de perturbadores recuerdos no tienen por qué ser entendidos, como en ocasiones lo son (sobre

todo en Estados Unidos) al yuxtaponerlos a los actuales brotes de prejuicios étnicos o raciales, como una ominosa prueba del pecado original de Europa: su incapacidad para aprender de los crímenes del pasado, su amnésica nostalgia, su evidente propensión a volver a 1938. No se trata, utilizando una expresión de Yogi Berra, de un «*déjà vu* que se repite».

Europa no está entrando de nuevo en su turbulento pasado; por el contrario, lo está dejando atrás. La Alemania actual, como el resto de Europa, es más consciente de su historia del siglo XX de lo que lo ha sido nunca en los últimos cincuenta años. Pero esto no significa que se esté viendo arrastrada una vez más hacia ella. Porque dicha historia nunca se fue. Como este libro trata de demostrar, la alargada sombra de la Segunda Guerra Mundial ejerció una gran influencia sobre la Europa de la postguerra, sin que, en cambio, nunca llegara a reconocerse por completo. El silencio sobre el reciente pasado de Europa era una condición necesaria para la construcción de un futuro europeo. Hoy en día, como consecuencia de los dolorosos debates públicos que están teniendo lugar en casi todos los países europeos, parece de algún modo lógico que los alemanes también se sientan capaces por lo menos de cuestionar los cánones de la bienintencionada memoria oficial. Puede que ello nos incomode, e incluso que no sea una señal de buen agüero. Pero sí es una especie de cierre. Sesenta años después de la muerte de Hitler, su guerra y sus consecuencias están entrando en la historia. La postguerra ha durado en Europa mucho tiempo, pero finalmente está llegando a su término.